

“Si ustedes tuvieran fe del tamaño de un grano de mostaza”

Lc 17, 3-10

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant

Lectio Divina

UNA FE QUE SE FIA DE DIOS

En la primera lectura y en el evangelio subyace un mismo movimiento de búsqueda por parte del hombre y de respuesta por parte de Dios. En ambos casos, nos deja perplejos lo que Dios responde. Podemos constatar una vez más la verdad de las palabras pronunciadas por Isaías en su nombre: «Vuestros pensamientos no son mis pensamientos, vuestros caminos no son mis caminos» (Is 55,8). De todos modos, al hombre se le pide una sola actitud: la fe, una fe plena, total, incondicionada, una fe que se fía de Dios porque Él ha salido de su silencio pronunciando la Palabra que se ha hecho carne, que ha venido a habitar en la región de nuestra pobreza, de nuestro sufrir.

El Verbo del Padre sigue colgado para siempre en el leño de la cruz, convertido en «espectáculo» para los ángeles y para los hombres; él es el Cordero inmolado puesto ante los ojos de nuestro corazón. No proclama resoluciones para los problemas planteados por nuestros rechazos al amor del Padre; se limita simplemente a mostrarnos con su vida, y todavía más con su muerte, cuál es el camino para encontrar el acceso al corazón del Padre, lejos del cual todo tiene sabor de exilio. Ese camino es el amor humilde, el servicio callado a los hermanos, el hacer todo lo posible por los otros sin sentirnos por ello benefactores de la humanidad, revestidos de esa humildad que enseña —como dicen los padres— a «estar como si no estuviéramos». Sólo así seremos capaces de transmitir a los que vengan detrás de nosotros, como pide Pablo a Timoteo, «esa hermosa tradición» de la fe. Seremos eslabones robustos de esa tradición que hace pasar de generación en generación la posibilidad de vivir una vida plenamente humana, rica, buena, porque habita en ella la fe en Cristo Jesús, que con su muerte y resurrección ha llenado de sentido nuestro vivir y nuestro morir.

ORACION

Señor, eres un amigo difícil. Nos pides una fe plena, total, absoluta, en ti, en el misterio de tu persona, y después te escondes o nos llevas por caminos en los que parece imposible reconocer las huellas de tus pasos. El mal del mundo nos atormenta y nos inquieta; ese silencio tuyo tan frecuente nos resulta aún más pesado, pues no es fácil creer que un Dios bueno vela por nosotros.

Abre los ojos de nuestro corazón, para que te veamos presente en nuestra vida y en la historia de cada hombre. Concédenos, sobre todo, la capacidad de

abandonarnos a ti como niños confiados que no te plantean preguntas, sino que se están quietos en su sitio, seguros de que tú sabes el porqué de nuestro dolor y no te diviertes sometiéndonos a pruebas, sino que, si nos induces a socorrernos, es a fin de prepararnos para una alegría mayor.